CONCLUSIONES: DISRUPCIONES E INTERACCIONES

16/1

El último seminario del módulo nos sirvió para analizar brevemente las sesiones previas. Josep Lobera realizó una perspectiva global del módulo, mientras que en mi turno introduje los conocimientos adquiridos en el módulo al estudio de un caso concreto: la transformación de una parte del movimiento 15-M en Podemos.

En el ideal de Habermas, explicó Josep Lobera, la esfera pública debería ser un proceso de interacción regido por un proceso discursivo racional que busque el consenso y al que todos puedan acceder. La discusión debe ser pública, y su contenido debe ser el de los intereses colectivos, no el de los privados. El ideal de Habermas se quedó lejos de la realidad, pero el uso cada vez más continuado de herramientas digitales con costes más reducidos y estructuras más horizontales (Benkler, 2006) ha abierto espacios de esperanza a posibles cambios.

Las nuevas tecnologías han permitido un cambio cualitativo y acercan los elementos agenciales de los marcos de acción colectiva. La mal llamada "revolución Facebook" ha conectado a manifestantes desde El Cairo hasta Wall Street, pasando por Sol o Tel Aviv. Lo que se ha transmitido y dislocado a través de las redes ha sido el elemento del "sí, se puede", pero, siguiendo a Eduardo Romanos, para la difusión de otros ítems más complejos como la organización del movimiento social o el repertorio de acciones sigue siendo necesario el trato interpersonal que las difusiones digitales no pueden proporcionar o no en el mismo grado.

Los movimientos sociales surgen, se desarrollan y se transforman. La gente organizada genera canales de comunicación multidireccionales y multicapa, hibrida lo digital con lo analógico, la red con la calle. Las nuevas tecnologías además de concebirse como elementos de ocio o personales se constituyen como herramientas políticas que nos aporta, como explicó Arnau Monterde, la mirada tecnopolítica del conflicto. En las mutaciones de los movimientos, el salto a la política institucional y en la transformación democrática de las instituciones, la tecnopolítica como herramientas de contrapoder empiezan a estar cotidianamente presentes. Se generan espacios digitales de participación en los principales ayuntamientos del Estado y se aboga por nuevas formas de hacer política en red.

¿Servirán estas medidas para "reformular" la democracia? ¿Se reducirán los niveles de desafección política? ¿Volverán los partidos políticos a ser ejes de participación ciudadana, o se profundizará su descrédito y el temor que hacia ellos siente parte de la sociedad? Las nuevas teorías sobre la democracia apuntan a algunas de estas ideas. Como explicó Ramón Feenstra, la democracia monitorizada de Keane sugiere una mayor fiscalización ciudadana, a través de diferentes medios, de la actividad política. Pero también se puede profundizar más aún la ruptura del sistema representativo que está ya presente en la democracia posrepresentativa de Tormey y, de alguna forma, apostar por nuevas (y a la vez antiguas) estrategias como la democracia por sorteo que nos presenta Van Reybrouck (2016). Debemos entender que las nuevas propuestas políticas que surgen se acompañan también de nuevos modelos democráticos que hibridan con la democracia representativa o que persiguen, de alguna manera, superarla.

¿Siguen siendo necesarios los partidos, los sindicatos, etc., o están quedándose obsoletas ante las lógicas que surgen de las nuevas tecnologías? La tesis de Bennett y Segerberg es que sí, que la capacidad conectiva de las nuevas tecnologías permite superar los viejos marcos de organización.

Martín Portos se mostró escéptico con estas lecturas hiperoptimistas de la tecnología y si bien se mostró de acuerdo con los posibles cambios cualitativos que implicaban en la organización y difusión de protesta, nos invitó a que reflexionáramos sobre su alcance. La aparición de nuevas plataformas sociales, de nuevos partidos políticos y de formas diferentes de pensar la participación de la ciudadanía en los asuntos colectivos plantean que igual Bennett y Segerberg arriesgaron demasiado con la tesis principal de la *lógica de la acción conectiva.*

¿Pero cómo son los nuevos partidos que están surgiendo? ¿Cómo los categorizamos? ¿Ciertamente son tan innovadores que no entrarían en ninguna categorización previa? Quizás el éxito social, político y mediático que ha tenido Podemos ha ocultado parcialmente el amplio abanico de nuevas formas de hacer política, de entender la acción colectiva y de la gestión pública que han surgido. Podemos no es el único partido que ha surgido del 15-M, otras formas políticas como las confluencias municipalistas también son un producto del movimiento de las plazas. Pero posiblemente uno de los partidos más ligado por su organización interna como por su ideario al 15-M es la red ciudadana Partido X. Génesis Machado y Javier de Rivera enfatizaron las diferencias tanto a nivel internacional como a nivel nacional de este partido ciudadano guiado por lógicas tecnopolíticas. Así, podemos ver que la deriva institucionalista nos ha dejado dos formas de partido: los partido-red y los partido-movimiento. Por ahora, las nuevas representaciones institucionales han sido las del segundo tipo. Sin embargo, en estudio comparado, a nivel de transparencia, de organización y de democracia interna, el Partido X ha resultado ser el que más ofrece.

PODEMOS EN PERSPECTIVA

Dicho por muchas de las cabezas más visibles del partido, Podemos no es el partido del 15-M. Pero sin el 15-M no se podría entender Podemos. Realmente, sin el 15-M no podríamos entender los acontecimientos sociales, culturales y políticos de los últimos 6 años. ¿Qué tipo de partido político es Podemos? ¿Cuál es el uso de las nuevas herramientas tecnológicas por parte del partido de los círculos? ¿Cuál es la relación de Podemos con la esfera pública digital? ¿Cuáles son las propuestas de transformación democrática de Podemos?

En los últimos años se ha generado una nueva (y antigua) tensión: la cristalización electoral de la protesta (Lobera, 2015). Esta tensión acompaña a los ciclos de protesta y a los movimientos sociales. La competición electoral está dentro del repertorio de acciones a poder desarrollar por un movimiento social en su confrontación política, y se produce cuando una serie de factores se hacen presentes (liberación cognitiva, ventana de oportunidad, etc.). Pero esto genera una tensión entre la parte del movimiento que concibe la acción electoral y la que tiene dudas o no está de acuerdo. Es una tensión clásica que se puede ver en Flesher-Fominaya (2007) y en la historia de los movimientos izquierdistas. Las entrevistas a Manuela Carmena y a Ada Colau en *Develando el Derecho a la Ciudad* (Macthivet, 2016) son claros ejemplos de esta tensión.

Podemos es un producto del 15-M y un vehículo de esta tensión. Sin embargo, es difícil verlo como un partido-movimiento, ni en la perspectiva de Machado y Rivera, ni en la de Romanos (2015). Ni siquiera en la definición de Kitschelt (2006) cuyos elementos clave serían estructuras menos jerárquicas y programas electorales menos exhaustivos.

Su visión de la democracia, pese a que buena parte de sus cuadros vienen de los movimientos autonomistas o del eurocomunismo se acerca más de manera indirecta al ideal de Keane que a una democracia fuerte o directa. En este sentido, la hipótesis populista que ha guiado (y en menor medida) aún guía a Podemos es también un elemento tensional entre el partido y los movimientos sociales. La *guerra de posiciones* institucionales y culturales para generar una contra-hegemonía en la esfera pública choca con los intentos de otros actores sociales. Por ello, Podemos puede verse como un resultado del 15-M, pero un resultado no previsto que ha modificado el campo de juego reescribiendo también las reglas para otros actores que pretenden competir con ellos. La relación de Podemos con el 15-M es más de imitación o de incorporación de demandas y cooptación del

discurso que un desarrollo del movimiento en partido (Martín, 2015: 113).

Podemos no tiene la capacidad de innovación tecnológica que tiene el Partido X y, posiblemente, no aspira a ella. Con herramientas de interacción, debate y deliberación en red (Romanos&Sádaba, 2015) cubre sus necesidades de interacción y canales con la esfera pública digital. Para concluir, no podemos olvidar que Pablo Iglesias se mantiene en la postura tradicional de Habermas sobre la persistente importancia de la esfera pública tradicional y el papel de los medios de comunicación (2015): para el líder de Podemos la gente no milita en partidos políticos, sino en los canales de televisión, radio y periódicos, que es el castillo a asediar (y conquistar).